

Olga Wornat

La Jefa

Escándalos, impunidad y negocios ilícitos

Vida y ocaso de Marta Sahagún de Fox

© 2003, Olga Wornat

Derechos reservados

© 2021, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial BOOKET M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño

Fotografía de portada: Proceso foto / “Desayuno de Martha Sahagún de Fox, con asociaciones civiles en la residencia oficial de los Pinos” México, DF. 02 de marzo de 2006

Primera edición en formato epub: abril de 2021

ISBN: 978-607-07-7360-0

Primera edición impresa en México en Booket: abril de 2021

ISBN: 978-607-07-7352-5

El contenido de este libro es responsabilidad exclusiva de la autora y no refleja la opinión de la editorial.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso y hecho en México –*Printed and made in Mexico*

Índice

<i>Antes de todo</i>	11
La gran boda	23
Santa Marta	59
Allá en el rancho grande	97
Tus chavos y mis chavos	139
Camino a Ciudad Sahagún	175
Señora Presidenta... ..	215
<i>Fuentes consultadas</i>	243

La gran boda

En aquellos tumultuosos días de finales de junio de 2001 había algo extraño en sus ojos y en sus gestos, como si flotara dentro de una inmensa y chispeante burbuja. Ella, que se vanagloriaba de ser una perfeccionista, una trabajadora incansable pendiente de todo, que no se le escapaba ni el vuelo de una mosca, ese día se reía hasta de las estupideces. Como una adolescente, sus largas pestañas cargadas de rímel negro parpadeaban cual abanico. Sus incondicionales lo percibieron: «¿Han visto a *la Jefa*? Está dispersa, a todo dice que sí, no le importa nada [...]. ¿Le pasa algo?», se preguntaban todos, pero sin decirlo, en la cabaña de Los Pinos donde trabajaba el equipo de Comunicación Social que ella dirigía.

Marta María Sahagún Jiménez andaba extraña y perdida, tal cual aseguraban sus asistentes, sus amigas y hasta los sirvientes. Era verdad y tenía motivos. La perseverancia teresiana que impregnó su personalidad por obra y gracia de las estrictas monjas del colegio de Zamora que la educaron desde niña, y que por nada del mundo abandona, la había llevado a conseguir lo único que ansiaba. El poder implica maniobras a largo plazo y capacidad para actuar con frialdad. Y ella, una diminuta ama de casa de Celaya, católica y conservadora, divorciada y madre de tres hijos, explosiva y

ambiciosa, había comprendido a fondo esas triquiñuelas de alto vuelo y se había aguantado todo —hasta las peores humillaciones— para conseguirlo.

De la sala de prensa había pegado el salto a la alcoba presidencial con no pocos contratiempos: no era nada fácil ejercer de amasia en un México machista e hipócrita.

«Aunque me muera, aunque no pueda, aunque reviente, aunque no quiera [...]» era y es una de las frases favoritas de Sahagún arrebatadas a Teresa de Jesús, y que ella machaca como una noria, absolutamente convencida de su éxito. Es más, tan imbuida estaba con esta prédica, tan ansiosa de ser, que encargó a su acólita, Sari Bermúdez, una especie de biografía, *Marta, la fuerza del espíritu*, que salió a la luz en octubre del año 2000; un libro blanco de tapa dura que naufragó estrepitosamente con su fotografía en primer plano, cargado de sentimentalismos y errores de ortografía, y en cuya contraportada lucía la famosa oración de la monja española hecha santa.

«Quería llegar alto, quería estar donde está, es muy voraz», me confesó una de sus antiguas amigas de Celaya que conoce a fondo los entretelones de la personalidad de la dama. Y fue cierto. Ese día de finales de junio, Marta María Sahagún Jiménez era feliz, inmensamente feliz: había dejado atrás los ajetreados tiempos pueblerinos, los chismes maliciosos, la derrota electoral en la contienda por la alcaldía de Celaya que tanto la deprimió, un marido que la maltrataba; tenía el amor de Vicente Fox Quesada, *Chente*, y sobre todo, tendría por fin el poder.

—Tony, ¿puedes quedarte hasta el lunes? Es que viene Aznar con su esposa [...].

—Sí, Marta, claro que sí [...].

—Pero tendrás que venir a atenderme a las cinco y media de la mañana [...] —dijo Sahagún a su peluquera.

Tony también la había notado extraña, pero no se animó a preguntarle nada y se preparó para pasar lo mejor posible esos días

en la residencia oficial. Desde tiempos inmemoriales, depositarios de los secretos de sus clientas que los ven como a confesores, los figaros de este siglo dominan como nadie el arte de domesticar e influir sobre primeras damas o presidentes. Las orejas de los estilistas patrios se cargaron en los últimos años, producto de la farandulización de la política, no solamente de secretos de alcoba, sino de intimidades de Estado.

María Antonieta Pérez de Ovando, Tony, una simpatiquísima y garbosa mujer, conocía a Marta desde Celaya, cuando la entonces señora de Bribiesca, esposa del «doctor», el voluminoso y malhablado veterinario del pueblo, iba a visitarla a su salón. Allí, en Tony Estética, la exclusiva peluquería para las «señoras bien» de Celaya, hoy ubicada en la Galería Tecnológica, Tony se ufana de haber conocido a la verdadera Marta María Sahagún: sus intimidades, su «excesivo control» emocional, sus impulsos, sus pesares y ambiciones. Cuando Marta asumió la tarea de ser vocera de Vicente Fox, Tony viajaba cada 15 días para atenderla en Los Pinos: corte y color y dejarla «bonita y a la moda, como ningún estilista del D.F. lo lograba». Hoy es la primera en entrar a la *suite* presidencial cada mañana y es su dama de compañía en todos los viajes oficiales al exterior.

Esa tarde de sábado de finales de junio, cuando los jóvenes que rodeaban a la vocera se retiraron, ella se acercó a Tony y con lágrimas en los ojos le confesó: «Tengo que contarte un secreto. El lunes me caso con Vicente, pero por Dios te pido que nadie, nadie se entere». Después de unos segundos de silencio, mientras Sahagún no podía dejar de llorar, las dos mujeres se abrazaron en la soledad de la habitación y recordaron los convulsionados tiempos sentimentales. Tony, la fiel encargada de atusar la cabeza de su patrona, fue —como se debe— una de las privilegiadas sabedoras del sorpresivo final del clandestino romance, que era la comidilla de todos, como en una deliciosa telenovela.

Marta se secó las lágrimas con ese pañuelo que siempre lleva encima y jaló a Tony a su dormitorio. Sobre la cama estaba despla-

gado el traje Chanel de seda de tres piezas color manteca, que la portavoz había hecho traer especialmente de la casa de la firma en Nueva York y que iba a usar para desposarse. Los aretes de brillantes y perlas que había pedido prestados a su antigua amiga de Celaya, María Auxilio Lozada de Nieto, *Chilo*, y los zapatos al tono de Gucci. «Dime, Tony, ¿qué te parece? Es bonito, ¿verdad?», exclamó con voz susurrante y un cierto seseo, tan excitada como una púber.

Dos años después de aquella privadísima conversación, Tony Pérez, estilista oficial y asistente de vestuario de la primera dama (cargo que oficialmente no existe en México), ya instalada en el D.F. junto a su marido y ambos trabajando en Los Pinos por una abultada mensualidad que les dará tranquilidad por unos años, recuerda frente mí —en un bar de Polanco— aquellos días color pastel, mientras un chofer oficial en una cuatro por cuatro de vidrios polarizados la espera en la esquina:

Marta es una mujer especial, la conozco desde hace muchísimos años, de Celaya. Es muy noble, auténtica, los pobres le duelen al punto de que no puede dejar de pensar en ellos y muchas veces se siente impotente por no poder hacer más. No entiendo por qué los periodistas y los políticos se ensañan tanto con ella [...], es tan buena. Nos hicimos amigas en mi salón, mejor dicho en mi casa, cuando venía a peinarse y ya en esa época ayudaba a la gente necesitada, que a veces hacía cola en la puerta de su casa. Ella les daba dinero de su bolsillo, o alimentos o remedios. Siempre fue muy cuidadosa y coqueta, le gustaba verse bien y era muy exigente; si algo que yo le sugería no le gustaba, me decía que no y listo, pero jamás la vi levantarme la voz o gritar. Hoy es igual. Se controla mucho, no muestra sus dolores a extraños, y eso que por dentro, en aquel tiempo, sufría terriblemente. Su matrimonio con Manuel [Bribiesca] era un desastre: conflictivo y violento. Muchas veces la veía triste y le preguntaba qué le pasaba y ella empezaba a llorar desconsoladamente. «Estoy mal con Manuel [...], decía.

Un día me mostró las marcas de los golpes, los tenía en todas partes y ahí me contó que se había peleado con su marido, que se peleaba mucho. Sé que algunos dudan de esos golpes, pero yo puedo decir que los vi con estos ojos. Yo la vi golpeada. Pobrecita Marta, aguantó todo ese horror en soledad, sin decir nada a nadie. Yo le pedía por favor que lo abandonara, que no podía seguir así, que no tenía que pensar en la gente o en los hijos, sino en ella. Le rogaba, pero ella dudaba. Y entonces apareció en su vida Vicente, se enamoraron enseguida, y ahí tuvo la valentía de divorciarse de Manuel. Había encontrado al hombre de su vida. Yo siempre les digo que los dos se salvaron mutuamente. Marta sufrió mucho y vivió en una gran soledad y Vicente también fue muy infeliz con Lillian [de la Concha]. Dios permitió que se juntaran y aquel día de julio fue el más importante de su vida: lloraba como una niña y estaba tan feliz, con su vestido, sus perlas, sus zapatos [...]. Y yo también lloraba con ella [...].

—Tienes que casarte, Vicente, esta situación con Marta no da para más, no puedes vivir en amasiato... —Largo silencio—. Vicente, escúchame, tienes que hacerlo, es mi consejo [...].

—Pepe, ¿te parece?, ¿y qué les diré a mis hijos?, ¿y a mi madre? No, no y no, ya discutimos esto muchas veces [...]. Yo me casé una vez y para toda la vida. Ni modo [...]. ¿Te digo algo?: ¡ni aunque truenen todos los caballos me caso!

Los dos hombres platicaban en el despacho presidencial de la residencia de Los Pinos, en la más estricta soledad, sin siquiera las sombras de Ramón Muñoz o Francisco Ortiz, *Paco*, los infaltables acompañantes. Nadie. Era una tardecita soleada de mediados de junio del año 2001 y en 15 días más se cumpliría un año de que Vicente Fox había ganado las elecciones —algo que él nunca imaginó—, haciendo trizas 71 años de dominio del PRI, una casta política autoritaria y delictiva que había sumido al país en la corrupción, el descalabro económico, la pobreza y los crímenes políticos. Eso sí, muchísimo más culta que los nuevos habitantes de Los Pinos.

La histórica transición había llenado de esperanzas los corazones de millones de mexicanos que veían en ese ranchero gigante, rudo, malhablado y espontáneo, al hacedor del gran cambio y al hombre que acabaría con sus largas penurias económicas. Y también, como si fuera poco, era su cumpleaños número 59.

—Dime la verdad, Pepe, dime, por favor —rogó Marta Sahagún temblando, después de aguardar largo rato al amigo de su amante en el jardín ubicado a la salida de la cabaña.

—Que no, Marta, *Chente* dice que no quiere casarse, no hay manera de que cambie. No quiero mentirte [...].

—¿Y qué haré con mi vida, Pepe? No aguanto más, me quiero morir [...]. ¡Abandoné todo por él! Mi casa, mis hijos, mi familia [...]. ¡No puede hacerme esto! ¡Es una humillación! —dijo la vocera y se puso a llorar, mientras Reyes trataba de calmarla. Ambos conversaban a escondidas del presidente, como siempre que el abogado venía a hablar del tema.

José Reyes, Pepe, no era un ministro ni un asesor, tampoco era cualquier persona. Formal, amable, delicado, algo ingenuo y antiguo miembro del PRI, es amigo de Vicente Fox desde hace 18 años, cuando el actual presidente era miembro del patronato de la Universidad Iberoamericana de León y los sacerdotes jesuitas le recomendaron a Reyes como abogado para atender sus cuestiones familiares, hacía tiempo algo desequilibradas. Y aunque la diferencia de edad entre ambos es importante —el abogado tiene 48 años—, esto nunca fue motivo de distancia, al contrario. Pepe Reyes, un preparado —aunque poco reconocido por sus pares— abogado originario de León, es el depositario de los secretos más íntimos del presidente Vicente Fox: sus cíclicas depresiones, sus eternas dudas, sus líos matrimoniales. Es al único que escucha cuando un problema personal lo agobia. Sus amigos, celosos de la cercanía con Fox, bautizaron a Reyes como *Pepe Rollo* —un apodo que lo enfurece— por su locuacidad. El hombre tiene, sobre todas

las cosas, una misión: viajar al Vaticano las veces que sea necesario para lograr la anulación del matrimonio religioso de Fox con su exesposa, para que este pueda contraer nuevas nupcias de acuerdo «con la ley de Dios», aunque íntimamente confiesa que «mientras dure el sexenio la anulación será imposible». Los dueños de San Pedro se lo confirman todo el tiempo.

Fiel como un lacayo, en aquel tiempo en que además de los chismes que circulaban sobre el idilio y las presiones de los escandalizados jerarcas de la Iglesia, la popularidad presidencial caía en picada y desanimaba de manera inusual al primer mandatario, Pepe Reyes no dejaba de reportarse a Los Pinos diariamente.

Esa fidelidad lo llevó aquel día a decirle a su amigo lo que creía conveniente para su estabilidad emocional y política: casarse de una vez por todas con Marta María Sahagún. Un devaneo que a esa altura no era desconocido para el grueso de los mexicanos, que se lo tomaban con sorna, en un país donde lo más normal es que los presidentes tuvieran, además de la casa grande, la bien puesta casa chica. No hay más que recordar a Carlos Salinas de Gortari, que esperó hasta que dejó de ser presidente para separarse de su esposa Cecilia Occeci, aunque era sabido que mantenía una relación clandestina. ¿Qué era, después de todo, ese ridículo escándalo de que su presidente, el gigante de las botas estrafalarias, tuviera una amante, que además era su vocera, viviendo en Los Pinos?

Sin embargo, la historia de los tórtolos oficiales ya había trascendido las fronteras y causaba no pocos encontronazos con algunos integrantes del gabinete. Y duros roces con sus hijas.

«La mujer a la sombra de Vicente Fox. El poder de Martha Sahagún, portavoz y novia del presidente», titulaba, el 6 de mayo de ese año, el diario *El País* de Madrid, una crónica sobre el romance firmada por su corresponsal en México, Juan Jesús Aznárez. «Una señora conservadora que estudió administración en La Salle e inglés en Cambridge, tiene 48 años y mucho poder [...]. Su ascendencia sobre el presidente Vicente Fox trasciende las competencias propias

del cargo para adentrarse en los negociados del Tribunal de la Rota, pues no en vano, según anuncia regularmente la prensa mexicana desde hace casi un año, se matrimoniarán en breve».

Y Aznárez prosigue: «Pocos miembros del gabinete son tan polémicos y tan manoseados en los cenáculos de corresponsales y políticos como esta dama de élite provinciana, que hace ocho años se constituyó en la sombra del jefe de Gobierno, en su secretaria y confidente, en la mano que le arregla la corbata y lo protege de la prensa».

El 1º de junio, la corresponsal de *The New York Times* Ginger Thompson escribió:

Ella [Marta] ayudó notablemente al éxito del primer político de oposición que interrumpió 71 años del partido dominante en la Presidencia de la República. También ama a su jefe Vicente Fox, y habla abiertamente acerca de sus sentimientos por él. Esta relación se ha convertido en tema incesante de debate. Las columnas de chismes y las fiestas están llenas de comentarios acerca de su abierta y ambigua relación con Fox. Y el país se hace preguntas sobre si Sahagún quiere más al presidente de lo que él la quiere, sobre su relación con los cuatro hijos adoptivos del presidente y sobre si algún día de estos dos católicos divorciados se casarán.

En una entrevista con Sahagún, esta aseguró a la periodista estadounidense, haciendo gala de la profundidad de sus pensamientos: «Puedo perfectamente separar mi vida íntima de mi vida profesional. Nada complica mis responsabilidades cotidianas. Empiezo y termino el día perfectamente concentrada en mi trabajo. Y no dejo que nada me distraiga ni por un segundo».

Pero a pesar de la seguridad de sus palabras, Marta Sahagún no convenció a Thompson, según ella misma lo expresa en su artículo: «Ha habido muestras de que la Sahagún mezcla y confunde la línea divisoria entre su trabajo, portavoz de Fox, y el lugar que él tiene en su corazón».

Es que Marta, la pobrecita Marta, después de que Cupido hizo de las suyas y cuando ya pernoctaba con el presidente electo, comenzó a cometer errores en su trabajo, tropiezos públicos que la convirtieron rápidamente en una funcionaria polémica. Su impulsividad y sus inmanejables ansias le metían zancadillas, y la Presidencia no era la gubernatura de Guanajuato, donde ella hacía y deshacía a su antojo. Allí todo era suyo: la relación con el gobernador, la línea con los medios, la publicidad, el manejo arbitrario del presupuesto.

Cuando Fox asumió el poder presidencial, Marta impuso como principal método de comunicación diarias conferencias de prensa a las que asistirían secretarios de Estado y hasta el mismísimo Fox se daría una vueltecita. «Tenemos claro que los medios son un negocio. No estamos en contra de su derecho lícito a obtener utilidades. Sin embargo, es claro que los medios también tienen una responsabilidad social. Desde esta perspectiva es preciso que los medios no confundan el interés público con el interés comercial [¿?]. Debemos procurar en todo momento que sean intereses complementarios», fue parte de su discurso al entrar en funciones.

Al celebrar el Día Internacional de la Mujer, se refirió a su tema preferido: las madres. «La mujer tiene que participar en todos los espacios de la vida moderna, sin que eso signifique menospreciar su capacidad de ser madre. Promover a la mujer es entender sus necesidades, sus ansias de progreso, sus aspiraciones más nobles, su participación política, pero también procurar el fortalecimiento de la familia, el bienestar de los hijos y la armonía de donde vivimos y en donde nos movemos. Será así y esta es la mejor aportación de la mujer a la sociedad».

En enero, la periodista de *Reforma* Ivonne Melgar la entrevistó:

Este sistema de trabajo me ha obligado a modificar varios esquemas de mi vida, como que la primera acción que tengo que hacer

en el día, después de pedir humildad, fortaleza y sabiduría —que las pido a un ser superior en el que creo— es informarme. Saber cómo amanecemos en los medios de comunicación, hablar con Ana [García] para coordinar entre las dos que la coyuntura que estamos analizando es la correcta para dar a conocer el mensaje que el presidente quiere hacer llegar a los ciudadanos.

Pero, pobre Marta, estaba cada vez más sumergida en la sima de las críticas públicas, cada ocasión que trastabillaba y el presidente tenía que salir a corregirla o desmentirla en público. Como aquel día en que descalificó al canciller Jorge Castañeda Gutman cuando este se refirió a los cubanos y dijo que estaban «ardidos» por la abstención de México en la votación de la Comisión de Derechos Humanos de Naciones Unidas que había condenado a La Habana, algo que no ocurría en México hacía tiempo, donde las relaciones con la isla del dictador fueron siempre muy cordiales. Castañeda estalló furioso frente a Fox y este —que tenía una dependencia psicológica con el erudito escritor— se vio obligado a respaldarlo en contra de su amante.

Pero a propósito de este jaleo, Marta se ganó de un golpe las simpatías del anciano dictador cubano, que —astuto— en una reunión posterior con renombrados economistas, entre ellos los ganadores del Premio Nobel Stiglitz y Roben Mundell, respondió ante una pregunta sobre México: «Fox no me interesa, me interesa ella, la Marta Sahagún».

Mientras tanto, el celular de la vocera no dejaba de sonar. Le gustaba contar que en un solo día entraron 160 llamadas y en su mesa se acumulaban los papeles y carpetas, mientras ella juraba a los periodistas que la visitaban que «resolvía todos, todos los problemas». ¿Su secreto? «Trabajo, trabajo y trabajo». Y las infaltables tarjetas auxiliares, con las que se movía a todas partes —como en el colegio de las teresianas— y la salvaban de algunos papelones informativos.

«A ver, chicos, pregunten, pregunten... ¿qué quieren saber? Estoy bien tarjeteada», decía sonriente y, como siempre, arrastrando la ese, rodeada de su tribu, que nunca la desatendía.

Entre los errores se mencionaron varios: «No tengo asesores de planta, tengo mucha comunicación con mucha gente experta, que está dispuesta a colaborar y ayudar al gobierno». Y esto le juró a *Reforma*, 10 días después de que había negado que Carlos Salomón Cámara trabajara para ella con un sueldo de 100 000 pesos mensuales. El hombre —exdirector de la Lotería Nacional y exvocero de Ernesto Zedillo y otros— había sido recomendado por el controvertido monseñor, abogado, exboxeador, fanático jugador de golf y eximio degustador de buenos vinos, Onésimo Cepeda, obispo de Ecatepec, que había ofrecido a Marta, a cambio de retenerlo en Los Pinos, una ayudita para la anulación vaticana de su matrimonio con Manuel Bribiesca, ofrecimiento que jamás cumplió. Salomón Cámara, algo retorcido según los que lo conocen, fungía como una especie de consejero social, asesorándola sobre la identidad de los personajes con los que ella debería estrechar lazos. El mismo día que salía esa información, Cámara seguía ocupando un despacho en las oficinas de Comunicación Social que dependían de Sahagún.

O como aquella otra vez que se refirió a la gobernabilidad: «La Presidencia de la República intervendría en el estado de Tabasco en caso de ingobernabilidad y no antes». Un periodista le preguntó: «¿Qué elementos configurarían un estado de ingobernabilidad?». Y ella respondió: «Desconozco yo en estos momentos cuáles son los términos para declarar ingobernabilidad en Tabasco, pero prometo poderlos tener en un momentito más y dártelos». Inmediatamente volvía locos a sus asistentes más próximos, obsesiva como es, para que le dijeran qué tenía que responder. Muchas veces, según cuentan los mismos periodistas, se iban con las manos vacías, desanimados y sin nada, porque además era casi imposible reunirse cada día y tener una primicia. Pero así es *la Jefa*: nada es más importante que aparecer cada día en los diarios o en la televisión. Los

medios aseguraban que la flamante vocera tenía una estructura de comunicación monumental: 220 personas, y que al mismo tiempo que era la voz y la oreja de Vicente Fox, era la receptora y transmisora de la información proveniente de 47 secretarías y oficinas del Poder Ejecutivo. «Demasiado poder; parecía un ministro o un jefe de gabinete», recuerda un hombre que vivió aquellos tiempos de convulsión, cuando la dama caminaba ya escaleras arriba y se ocupaba de todo y de todos.

Frente a los embates permanentes del gabinete, la vocera no tuvo más remedio que reconocer abiertamente sus errores en una entrevista, y prometió que en un futuro «trataría de evitar contradicciones entre la dependencia a su cargo y los funcionarios del presidente». Y al más puro estilo Madre Teresa de Calcuta, pidió que se «le exigiera más, que no se le perdonara nada y que su trabajo se viera a través de una lente de aumento».

El respetado periodista *Ciro Gómez Leyva* se preguntaba en el semanario *Milenio*:

¿Está haciendo bien su trabajo esta mujer? ¿La exitosa vocera de la campaña es una exitosa vocera presidencial? En el equipo de gobierno las opiniones parecen estar divididas. Existen los fans de *Marta Sahagún*, ciertamente. Pero no hay que olvidar que ella es un personaje a subestimar y que mucha gente quisiera estar más cerca de *Fox*. Pocos, sin embargo, pueden señalarle falta de rigor o de cumplimiento de los proyectos acordados.

Por su lado, *Denise Dresser* escribía en *Proceso*:

Martha Sahagún sabe cómo organizar pero no sabe cómo hablar. Le es absolutamente leal al presidente, pero no entiende cabalmente sus programas. Sabe cómo amar a *Vicente* pero no sabe cómo explicar exactamente lo que está haciendo. Los buenos voceros presidenciales cultivan a los medios en vez de exhortarlos a por-

tarse bien. Los buenos voceros están preparados para las preguntas difíciles y saben cómo contestarlas. Los buenos voceros rehúyen los reflectores en vez de buscarlos. Los buenos voceros no salen a informar sobre las decisiones tomadas sino a explicar el impacto que tendrán [...]. Martha Sahagún no fue una buena vocera, pero es posible que sea una buena primera dama [...].

Y esto último era lo único que a Marta le importaba, después de todo. Más que una buena primera dama, ella quería ser *la Jefa*.

En los medios vernáculos la relación amorosa no pasaba desapercibida; todo lo contrario, hacía tiempo que era atizada por la misma Marta o alguno de sus acólitos en cada encuentro *off the record* con los periodistas antes de la asunción de Fox, y después con mayor ahínco. Guiños de ojos, pómulos arrobados, sonrisas pícaras, frases más que claras y actitudes obvias daban a entender que ambos cohabitaban como dos palomitas. Y la historia vendía como pan caliente, tenía morbo y generaba una extraña fascinación en la que se mezclaban el amor, la fama, las infidelidades y el poder.

Después de ser presidente electo, en una gira por Estados Unidos y Canadá, Fox rompió el protocolo al descender del avión acompañado únicamente por su amante, a la vista de todos, lo que provocó reclamos privados de sus colaboradores cercanos en todas direcciones. En octubre de 2000 y durante un alicaído viaje a Francia, alojados en el exclusivo e histórico hotel Raphael, un lujoso hospedaje de 87 habitaciones muy cerca de los Campos Elíseos —refugio predilecto del comandante venezolano Hugo Chávez—, la desatada y bulliciosa vocera aseguró que todavía seguía soltera. «No me he casado, chicos, todavía no me caso». Parecía un juego que la remitía a sus años de adolescencia. Todos los días aparecía en los medios una supuesta fecha de casamiento, lo que hacía que los periodistas, ávidos de saber sobre la intimidad de la pareja, se lanzaran tras ellos. O mejor dicho, tras ella. Rudimentaria técnica

de mercadotecnia que hacía que todo el tiempo ambos estuvieran en primera plana y, de paso, ejercía presión sobre el dubitativo amante guanajuatense, que aprovechaba los periplos europeos para encontrarse con sus hijas Ana Cristina y Paulina, quienes pasaban temporadas con su madre, Lillian de la Concha, en un lujoso *penthouse* de Roma.

Vicente Fox había pedido a su exesposa que «le diera tiempo», que se sentía confundido y necesitaba pensar más acerca de la reconciliación. Meses antes había conversado animadamente con Lillian la posibilidad de volver a estar juntos, de casarse de nuevo. Así que, temporalmente, parte de la familia —Paulina y su madre— permanecía en Italia, sin fecha de regreso.

El diario *El Financiero* reprodujo el siguiente y divertido diálogo entre Marta Sahagún y los periodistas enviados a París:

—¿Todavía vienes solterita a la gira? —preguntó una reportera.

—No me he casado, chicos, no me he casado [...], todavía no —respondió sonrojada.

—¿No se casaron en Huatulco? —se le insistió.

—No, pero [...] —replicó de inmediato—: ¿No que en Oaxaca?

—Pues eso, Huatulco está en Oaxaca —dijo otro reportero.

—¿Y aquí, Marta? —se le preguntó ante los rumores de una posible boda en París.

—Tampoco va a haber boda aquí —dijo machacona la Sahagún, lo cual provocó las carcajadas de los reporteros, que poco antes interrogaron a Fox sobre los objetivos de la gira por Europa.

—¿Nos vas a invitar, Marta?, acuérdate que Notre Dame es muy bonito, todos traemos el vestido de noche —exclamó una periodista.

—Aquí se compra el ajuar —dijo otra.

—Váyanmelo eligiendo [*sic*] —reviró juguetona Marta Sahagún, cediendo así a los deseos de quienes querían escuchar una respuesta en ese sentido.

El mismo diálogo fue reproducido en los diarios *Reforma* y *El Universal*.

En la desaparecida revista *Gente*, de mayo de 2001, apareció una entrevista a Sahagún realizada por Karla Rodríguez y Alberto Carbot, director del semanario.

—¿Cómo se enamoró de él? —preguntaron.

—Como suceden las cosas bellas, casi sin darte cuenta —respondió, ruborizada, y con aires de Silvia Pinal en una película de los años cincuenta.

—¿Hubo empatía entre los dos, así de simple? —insistieron los periodistas.

—Absolutamente, y respetando cada cual sus propias vidas.

—Y aun cuando este tema pertenece a su vida privada, ¿existe la probabilidad de que en un momento dado formen una pareja? Usted es una mujer inteligente y muy guapa, enamorada del presidente y, entonces, bueno, ¿por qué no Martha Sahagún como primera dama? [Es bueno aclarar que tanto en su partida de nacimiento como en su documento, el nombre va con H, y que por alguna extraña razón ella se la quitó].

—Déjame decirte algo: yo tengo muy claro que mi destino, que mi misión es servir. Cómo, dónde y cuándo, no me interesa ni me preocupa. Creo que debo y quiero servirle a mi país. El resto, que se dé cuando se tenga que dar [...].

—Y ese cómo puede servirle como vocera, como secretaria de Estado o como Primera Dama [...] —volvieron a la carga los periodistas.

—Como sea que tenga que ser, cualquiera que sea el papel que me toque jugar. Por ahora no tengo otro proyecto más que hacer bien lo que se me ha encomendado. No me gusta adelantarme a los hechos, me gusta disfrutar el momento, vivir en plenitud el día que vivo, porque me parece que es un regalo de Dios. Lo demás llegará a su debido tiempo.